

Ciertamente,
lo que hasta
hace muy es-
casos días era un

clima de confianza hacia Cataluña y su nueva experiencia autonómica parece haberse sustituido por un súbito recelo, en el mejor de los supuestos, y en una abierta acusación, en la mayoría de los casos. Salir de Barcelona para aterrizar en la realidad madrileña se convierte en un violento despertar; se sale con la imperturbable voluntad de participar en la construcción de una España moderna y progresista, superadora —en el marco democrático y constitucional— de viejos pleitos históricos y al llegar se coloca uno a la defensiva, repeliendo la agresión de éste, respondiendo a la acerada pregunta de aquel otro, perplejo ante el rechazo de unos y entristecido ante la incomprensión de otros muchos.

¿Qué ha pasado aquí? A responder a esta pregunta quisiera dedicar este artículo, haciéndolo desde esta tribuna de ABC, que en diversas ocasiones ha querido, generosamente, destacar el papel que una aportación catalana podía prestar a la política española. Y quiero hacerlo, además, sin la inconveniencia de caer en renuncias ni en la ignominia demagógica y deseando que ésta fuera la última ocasión en que desde ABC tuviera que hablar de Cataluña con este motivo. Me gustaría hablar de los problemas generales de España, de la situación del campo de Extremadura, del conflicto pesquero y su repercusión en la flota canaria, del paro andaluz, de la necesidad de acometer con firmeza la gravedad de la situación económica y un desgraciadamente largo etcétera. Me veo obligado, por el contrario, a hablar de Cataluña. Reflexiónese sobre la contradicción que todo ello comporta: desde una perspectiva catalana venimos a contribuir a la definición de la política global para España, y se nos conduce a que no nos movamos de nuestras coordenadas catalanas.

Esto es malo. Como lo es también que se nos acuse —se me acuse— de «hacer una política agresivamente antiespañola», y que cuando nos quejamos de ello se nos diga que somos demasiado susceptibles. Si la nuestra ha sido una política antiespañola, ¡que venga Dios y que lo vea! No quiero defenderme de esta acusación con manifestaciones de exultante españolidad; dejo esto para los que tengan mala conciencia; nosotros no la tenemos. No se trata de iniciar desbocadas carreras de patriotismo barato a ver si al final, por aquello de «*excusatio non petita, accusatio manifesta*», esto es todavía peor. No, ahí está nuestra trayectoria para juzgarnos. ¿Quién ha asegurado durante mucho tiempo la gobernabilidad de España, mientras unos jugaban a la autodestrucción y otros a la erosión, con pasión digna de mejor causa? ¿Quién ha pretendido conducir por la vía de la moderación y del respeto constitucio-

¿CATALUÑA, CULPABLE?

nal un diálogo constructivo y positivo entre la Generalitat y el Gobierno? Podemos decir que si consolidar la democracia, estabilizar la acción de Gobierno y pretender un clima de convivencia y progreso entre todos los españoles siguen siendo valores a alcanzar, no se ha dado política más española que la nuestra.

¿Somos demasiado susceptibles? Lo preocupante sería que no lo fuéramos. ¿Qué se diría si ante acusaciones tan graves no reaccionáramos? La conclusión más lógica sería decir que la acusación no duele. Y es que en el fondo, para algunos, lo preocupante es que nos duela; lo preocupante es que estemos empeñados en que nuestra catalanidad no negociable es compatible con una decidida y sincera aportación a una concepción global de España. Posiblemente, de una España que unos y otros entendamos de manera distinta, pero esta distinción no puede traducirse en algo más que en una discrepancia enriquecedora.

Es este el marco donde deben examinarse las razones de las agresiones que ahora sufre Cataluña. Se nos habla de discriminaciones lingüísticas; esto no es verdad. La anécdota puede elevarse a la categoría de principio, pero el hecho cierto es que la política que pretende seguirse es la del respeto y de la convivencia, aun a riesgo de que ello se traduzca en perjuicio para lo que, para algunos, sería un justo tratamiento de la lengua propia de Cataluña. Pero es que en este tema nos jugamos mucho y nadie puede ignorarlo; si la política lingüística divide Cataluña en dos comunidades, es Cataluña la que pierde; son todos los ciudadanos catalanes los que pierden. Por ello, en ningún caso será precisamente los catalanistas los que den un paso en esta línea; serán en todo caso aquellos que quieren aprovecharse política y electoralmente de la división para sus sectarios propósitos. Detrás de la campaña lingüística hay un propósito político y no precisamente estabilizador.

Y se recurre a la
mentira, sin rubor ni
pudor. Tanto da. Lo
importante es sem-

brar cizaña, emponzoñar el ambiente, citando parte de una frase, invocando un ejemplo descontextualizado, simplificando lo que es complejo y, sobre todo, poniendo como testigos a los que no viven la realidad catalana de cada día, y por ello más proclives a creer aquello que la presencia viva descarta. Es muy difícil luchar contra esto; a veces me parece una tarea casi imposible. Se dice que en el Parlamento catalán sólo ondea la bandera de Cataluña, cuando todos los que quieran pueden ver junto a ella la bandera de España. Pero la mentira deja rastro, crea sospecha. A partir de aquí todo se vuelve receloso, peligroso. Se nos exige afirmar a diario una españolidad que a los restantes ciudadanos se les supone. Y esto deviene progresivamente irritante e insostenible.

A pesar de ello, nadie ni nada nos hará cambiar de nuestra decisión de contribuir a la gobernabilidad de España, a la estabilidad de una acción de Gobierno eficaz para resolver los graves problemas que hoy tiene planteados el conjunto de nuestra sociedad. Problemas que no son principalmente los autonómicos. Seamos sinceros y reconozcamos que parece haberse olvidado que la crisis económica es el grave reto español. Si el empeño que se pone en afrontar la cuestión autonómica, desde una perspectiva de desconfianza, se trasladara al campo de lo económico quizá generaríamos la confianza que falta para relanzar la inversión.

Cataluña se ha convertido en una excelente excusa, en una cortina de humo. Y cuando haya desaparecido la necesidad se olvidará la excusa, se desvanecerá la cortina de humo, pero la comprensión y quizá la convivencia habrá quedado dañada para siempre. ¿No convendría mayor moderación? ¿Que no se desestabilice desde fuera lo que hemos estabilizado desde dentro? ¿Que no se rompa el puente de comprensión y de aportación que tanto ha costado levantar!

La campaña seguirá, pero sería bueno que no ganara el ánimo de los ciudadanos, que quedaran al descubierto los oscuros móviles que la animan; quizá incluso los móviles diversos y contradictorios, entre ellos los de aquellos que no desean nuestra aportación estabilizadora e incluso de aquellos a los que les gustaría vernos caer en su provocación; que nosotros mismos echáramos por la borda el bagaje de un esfuerzo sostenido desde hace varios años.

No, Cataluña no es culpable; quizá sea un instrumento en manos de unos cuantos para perjudicar un esfuerzo de convivencia. Quizá lo consigan —yo lo dudo— pero en todo caso no tendrán jamás nuestro concurso. Cataluña no es ni será culpable.

Miguel ROCA JUNYENT